

DON ANTONIO RUMEU DE ARMAS, DOCTOR HONORIS CAUSA POR LA UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE MADRID

POR

FERNANDO SÁENZ RIDRUEJO

La labor de don Antonio Rumeu de Armas es bien conocida en sus múltiples facetas de americanista, investigador de la historia del archipiélago canario, académico y director de la Real Academia de la Historia e, incluso, estudioso de las instituciones de la previsión social española. Quizás se ha resaltado menos su ingente tarea como historiador de la ciencia y de la técnica. Sin embargo, sus destacadas aportaciones a ese campo le hicieron acreedor al nombramiento de Doctor Honoris Causa por la Universidad Politécnica de Madrid, siendo hasta el presente el único hombre de letras que ha merecido ese galardón, reservado normalmente para técnicos y científicos.

Se reproduce a continuación la *Laudatio*, que se había mantenido inédita, pronunciada por el profesor de dicha Universidad Fernando Sáenz Ridruejo, en el solemne acto de investidura del Excmo. Señor Don Antonio Rumeu de Armas, como Doctor Honoris Causa de dicha Universidad. Tuvo lugar el día 12 de febrero de 2002, en el Aula Magna del Rectorado, bajo la presidencia del Rector don Saturnino de la Plaza y con asistencia del ministro de Administraciones Públicas, don Jesús Posada, del director y miembros de la mesa de la Real Academia de la Historia y de los Directores, Subdirectores y representantes claustrales de todas las Escuelas de Ingeniería integradas en esa Universidad.

ELOGIO DE DON ANTONIO RUMEU DE ARMAS

Excmo. y Magnífico Sr. Rector, Excmas. e Ilmas. Autoridades, Señoras y Señores:

Cuando el Director de la Escuela de Caminos, Canales y Puertos de Madrid, me llamó para pedirme que fuera yo quien pronunciara las palabras rituales de elogio en la investidura del nuevo Doctor Honoris Causa, pensé enseguida que la personalidad del profesor Rumeu de Armas requería un padrino del máximo rango académico y, mentalmente, empecé a pergeñar la frase con que rehusar el ofrecimiento que tan amablemente se me hacía. Pero, a la primera pausa que el profesor Rúa hizo en su interlocución telefónica, le interrumpí para decirle: «Acepto encantado, será un honor para mí». Y es que, por manida que esté la idea, debemos recordar una vez más que el corazón tiene razones distintas, y mejores, que las que la razón conoce.

Excmo. Sr. D. Antonio Rumeu de Armas, querido don Antonio, merecáis, sin duda, una *laudatio* construida con el rigor del pensamiento cartesiano que la tradición exige y que a los ingenieros se nos supone; os vais a tener que conformar con una alabanza que brota del corazón.

No voy a hacer —ni siquiera voy a intentarlo— una reseña biográfica del profesor Rumeu de Armas. La exposición circunstanciada de sus méritos y trabajos, excedería del tiempo que se me ha otorgado. La lectura rápida de su *curriculum* y de la relación completa de sus libros, cursos y artículos acabaría cansando al propio interesado y abrumando a la mayoría de los presentes. A los efectos que ahora interesan diré dos palabras sobre su trayectoria profesional para centrarme en su labor como historiador de la ciencia y de la técnica, que le abre las puertas de esta Universidad Politécnica.

Don Antonio Rumeu de Armas nació en Santa Cruz de Tenerife en 1912, un 18 de enero, para ser exacto. Acaba de cumplir, por lo tanto, los noventa años de edad. Es doctor en

Derecho y en Filosofía y Letras y fue, sucesivamente, catedrático de Historia de España en las Universidades de Granada, Barcelona y Madrid, en la que regentó, desde 1949, la cátedra de H^a de España en la Edad Moderna. Dejando aparte su actividad docente en instituciones tales como la Escuela Diplomática, la Escuela de guerra Naval o la Georgetown University de Washington, diremos que su labor investigadora ha fecundado tres organismos principales. El Instituto Jerónimo Zurita, del CSIC, de cuya revista *Hispania* ha sido durante muchos años director; el Patronato de la Casa de Colón, incorporado al Instituto, cuyo *Anuario de Estudios Atlánticos* ha, igualmente, dirigido y la Real Academia de la Historia, de la que es miembro de número desde 1968, en que fue electo, tomando posesión el 22 de noviembre de 1970. Ha sido Director de la Academia en dos ocasiones, la primera entre 1985 y 1989 y la segunda a partir de 1995. Queda así su nombre vinculado a una nómina distinguida de directores de esa casa, de la que formaron parte Campomanes, Cánovas, Menéndez y Pelayo y el ingeniero y arquitecto, tan próximo a nosotros, Eduardo Saavedra. ¡Que fantástico sería crear un club con tales socios y poder participar de sus tertulias!

Me he referido al profesor, pero eso, sin matizar, es decir poco. La medida de un maestro la dan sus discípulos, las vocaciones que suscita, el recuerdo que en ellos deja. Pues bien, en una encuesta de urgencia, entre antiguos alumnos del profesor Rumeu —alumnas en un 80%, pues la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense superó hace ya muchos años las cuotas paritarias que ahora se pretenden imponer en determinados ámbitos— absolutamente todos los interrogados califican sus clases de muy interesantes, a la asignatura de atractiva y al profesor de excelente. Incluso, a tenor de algunas respuestas, me atrevería a deducir que un alto porcentaje de alumnas estaban enamoradas de su profesor.

Sobre su llaneza y accesibilidad puedo aportar mi testimonio personal. Nos conocimos, ya hace un cuarto de siglo, porque él me buscó; había yo publicado un articulito con más de un error y no pocas lagunas y él se molestó en telefonarme para comentarlo, en enviarme un libro que yo desconocía... y

en enviarme un segundo ejemplar cuando se enteró de que el primero se había extraviado en el correo. En honor a la verdad diré que ese mismo talante encontré siempre en otros grandes maestros de aquella Facultad: Camón Aznar, el marqués de Lozoya, don Antonio García-Bellido.

Prometí no hacer la lista de sus trabajos, pero sí consignaré alguno que me salta a los puntos de la pluma, empezando por aquel de *Colón en Barcelona*, que data de 1944, y continuando con el monumental *Piraterías y ataques navales contra las Islas Canarias*, magno análisis en 5 volúmenes de un asunto local que, tratado por nuestro autor, adquiere trascendencia europea. *Alonso de Lugo en la Corte de los Reyes Católicos*; *España en el África Atlántica*; *El testamento político del Conde de Florida-blanca*; *La Rábida y el descubrimiento de América*; *Alfonso de Ulloa, introductor de la cultura española en Italia*; *El memorial de la Mejorada*; *Las pesquerías españolas en la costa de África y El señorío de Fuerteventura en el siglo XVI* son algunos otros títulos. Queda patente la preocupación por la labor española en América y en el África occidental, lo cual no deja de ser comprensible porque desde las islas Canarias se ve más cerca África y se entiende mejor América.

Dentro de su historiografía tienen especial interés los trabajos dedicados a la historia social, empezando por los tempranísimos *Historia de la Previsión Social en España* y *Los Seguros Sociales en nuestro pasado histórico* que datan, ambos, de 1942. El primero de ellos sigue siendo, al cabo de sesenta años, uno de sus libros más citados.

Como ingeniero, acostumbrado a componer tablas y dibujar planos, antes que a redactar memorias, me debo referir a una obra de muy larga génesis, *Itinerario de los Reyes Católicos*, aparecida en 1974, en la que se resumen, día tras día y un año detrás de otro, entre 1474 y 1516, las trayectorias separadas o conjuntas de ambos cónyuges. Reflejado en los gráficos del profesor Rumeu, el deambular continuo de aquella corte itinerante produce la sensación de un movimiento browniano. Pero cuando se piensa que cada una de las estancias de uno de estos monarcas, en las más apartadas villas de nuestra geografía, supuso el restablecimiento de un derecho, la autorización de un

mercado, la orden de construir un puente o de abrir un camino, se toma conciencia de que con su incesante cabalgar por los pueblos de sus reinos, aquellos reyes admirables hicieron una labor tan fecunda como esas laboriosas abejas que polinizan las flores a medida que liban en ellas.

Pero, a nuestros efectos, son otros afanes y otras obras del profesor Rumeu de Armas las que interesa glosar.

Los ingenieros españoles venimos de la Ilustración. Somos descendientes de Carlos III, de Campomanes, de Jovellanos y de Floridablanca. Es necesario que no olvidemos nuestro origen y es imprescindible que, si lo olvidamos, alguien nos lo recuerde. Me vais a permitir que antes de continuar con el elogio de don Antonio diga dos palabras de su paisano y amigo Agustín de Betancourt, epígono de esa larga cadena de ilustrados, que es el más universal de los ingenieros españoles y el más versátil de todos los ingenieros de su época. Betancourt que edificó catedrales e inventó ingenios para desaguar minas, aparatos de telegrafía óptica y eléctrica, esclusas para canales, dragas para puertos y máquinas de hilar la seda o de troquelar monedas, fue el primer español que voló globos aerostáticos, dejando su impronta, por lo tanto, en todas las ramas de la ingeniería civil, y aún de la militar —añadiría— si recordamos sus aportaciones a la fabricación de cañones. No es de extrañar que para nosotros sea una especie de padre putativo, un faro, un guía, un santo patrono. Betancourt fundó, hace ya dos siglos, una de las escuelas que conforman nuestra universidad, la Escuela de Caminos, pero su figura está reconocida en otros centros y su recuerdo no podía faltar por ejemplo en la Universidad Carlos III en la que se le ha dedicado el primero de los pabellones del Campus de Leganés.

Id a París y encontraréis huellas de Betancourt en la Escuela Politécnica y en la Academia de Ciencias; id a San Petersburgo y comprobaréis la veneración con que se le recuerda en el Instituto de Vías y Comunicaciones que él fundó. Por todas las Rusias encontraréis huellas de su labor; en Moscú, en Nizni-Novgorod; pero no hace falta que vayáis tan lejos: cuando viajéis por carretera a Santander tened en cuenta que si cruzáis la cordillera por el puerto del Escudo y no por algún otro de los

posibles, es porque don Agustín así lo decidió en el reconocimiento que de aquella divisoria hizo en la primavera de 1801.

Pues bien, sin los trabajos y los desvelos de don Antonio Rumeu de Armas, Betancourt sería hoy lo que era hace cuarenta y cinco años: una leyenda, un fantasma, un borroso recuerdo, un personaje del que hasta el nombre correcto se había olvidado.

Aparte de otros muchos trabajos menores o de ocasión, todos ellos instructivos, tres son, a mi juicio, las aportaciones principales de Rumeu de Armas, a la historiografía betancourtiana. En 1967 publicó en el *Anuario de Estudios Atlánticos* una biografía del inventor que al año siguiente fue reimpresa y distribuida por el Colegio de Ingenieros de Caminos, llamando así la atención de estos profesionales acerca de la figura de don Agustín.

En 1979 aparece el estudio *Ciencia y Técnica en la España Ilustrada – La Escuela de Caminos y Canales* en el que, además de incluir la biografía de Betancourt más completa hasta ese momento, se hace la historia de la Escuela de Caminos hasta 1850. Todo ello, enmarcado en el estudio más amplio del movimiento científico que arranca de la época de Carlos III y de la preocupación de sus ministros, especialmente del Conde de Floridablanca, por situar la ciencia y la técnica españolas a la altura de los tiempos.

Este libro es hoy un clásico, citado desde la primera nota de pie de página de cualquier estudio sobre la ciencia o la técnica en España. Y no sólo citado sino, también manejado y leído. De mí sé decir —aunque no pueda considerarme imparcial al respecto— que es el libro más viejo, más manoseado, con el lomo más fatigado —como dicen los libreros de lance— con más anotaciones al margen y con más papelillos asomando por encima, de toda mi biblioteca.

La tercera obra importante del profesor Rumeu sobre el inventor canario es *El Real Gabinete de Máquinas del Buen Retiro*, publicado en 1990 por la Fundación Juanelo Turriano y el Patrimonio Nacional y cuidadosamente editado por Castalia. Para aquellos a los que ese título no diga nada, dejaremos aquí constancia del subtítulo: *Una empresa técnica de Agustín de*

Betancourt. Es decir, otra vez Betancourt adquiere aquí protagonismo, aunque lo comparte ahora con un artista invitado de excepción, Juan López de Peñalver, compañero de fatigas y estudios en París en los años 80, y coautor de la importante Memoria de 1791 sobre los medios para fomentar el comercio interior, y que hoy día es considerado como uno de los padres de la ciencia económica española, merced a sus estudios sobre el precio del trigo.

Junto a estas obras dedicadas a Betancourt y a Peñalver podríamos citar una cuarta dedicada a *El científico mejicano José María de Lanz, y Zaldívar* en que fija su atención sobre este ilustre científico, colaborador de don Agustín como profesor de la Escuela de Caminos y coautor de su *Ensayo sobre la composición de las máquinas*, que fue libro de texto durante más de tres décadas en las instituciones docentes europeas, a partir de su publicación en París en 1808.

No sería justo, sin embargo, que por deformación profesional de quién os habla, olvidásemos ahora otras facetas de la historia de la técnica que el profesor Rumeu de Armas ha cultivado. Por no salir de la Ilustración y sus secuelas, mencionaremos aquí el enjundioso estudio «La Real Escuela de Mineralogía de Madrid (1789-1808)» publicado en la revista *Hispania* en 1979. Se pone allí de pie la historia, desconocida hasta entonces y no suficientemente apreciada después, de aquel establecimiento docente, precursor de la actual Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Minas, de nuestra Universidad.

Debemos señalar también que el interés del profesor Rumeu de Armas por la historia de nuestras técnicas se inserta en unos vínculos familiares, que alcanzan ya la tercera generación. Y le haríamos un flaco servicio si no dejáramos constancia de que sus desvelos no han caído en saco roto. No me atrevería a decir que en torno suyo haya surgido una escuela de estudiosos de nuestra historia; pero si debo recordar a algunos amigos entrañables a quienes don Antonio contagió su entusiasmo por esos estudios. Por no citar más que a algunos ya fallecidos, a Pedro García Ormaechea, a José Antonio García-Diego y al catedrático de esta Universidad Politécnica José Antonio Fernández Ordóñez. Del craso desconocimiento de nuestra historia, de

nuestras obras y de nuestros hombres, hemos pasado a una situación esperanzadora en que se catalogan las obras antiguas, se estudian las figuras más destacadas y, a nivel institucional, se conmemoran eventos como los 200 años de la Inspección General de Caminos, los 150 del Ministerio de Fomento y del Canal de Isabel II y, este mismo año, los 200 de la Escuela de Caminos. En casi todas las escuelas se imparten enseñanzas sobre historia de sus respectivas técnicas, e incluso el Ministerio de Fomento mantiene un Centro de Estudios Históricos.

García-Diego, con su peculiar sentido del humor, inventó un fantasmagórico *club de los betancouristas* del que formábamos parte, además de don Antonio, uno o dos eruditos canarios, uno o dos ingenieros peninsulares y algún estudioso de la Europa oriental, como el sabio ucraniano Alécsei Bogoliúbov. De habernos reunido alguna vez, hubiéramos cabido en un sofá. Si ahora reactivásemos aquel invento podríamos cobrar cuota de entrada y habría lista de espera.

Este venturoso cambio de mentalidad tiene su fiel reflejo en el acontecimiento que hoy celebramos. Cuando hace más de veinte años se promovió el nombramiento de don Antonio, el expediente quedó embarrancado por alguna covachuela burocrática, convirtiéndose en agravio lo que se había concebido como homenaje. Al volverse a plantear ahora, no ha encontrado más que facilidades en la Escuela de Caminos que le propone y en el Rectorado que le nombra. Quién ahora habla se permitió recordarlo, en ocasión solemne, de forma un tanto irreflexiva, encontrando una respuesta entusiasta en las autoridades académicas entonces presentes y en los demás asistentes al acto, incluido el propio Presidente del Gobierno.

Si veinte años no son nada para el tanguista, es de esperar que tampoco se le hayan hecho demasiado largos a quien, desde su atalaya de historiador, contempla serenamente el transcurrir de los siglos.

Excmo. Sr. D. Antonio Rumeu de Armas, vuestra presencia en nuestra Universidad Politécnica viene a resaltar la unidad esencial de todos los conocimientos, la hermandad entre las ciencias y las letras, el reconocimiento de la necesidad que esta

Universidad sienta de potenciar la vertiente humanística de nuestras técnicas. Sólo me resta rogar a nuestro Rector Magnífico que proceda a investiros como Doctor «Honoris Causa» por la Universidad Politécnica de Madrid.

FERNANDO SÁENZ RIDRUEJO

